





Igaluk, Sialuka y Qanik se levantaron muy temprano para ir a ver a su abuela.

La abuela vivía lejos, en un pueblo de pescadores.

Tras un buen desayuno, los tres hermanos se pusieron los esquís y emprendieron el camino.

Cruzaron el glaciar y entraron en el bosque.

Qanik se sentía feliz con sus primeros esquís.

Igaluk iba delante y sus hermanos le seguían.



De repente, cayó una niebla espesa
y todo se volvió blanco.

Igaluk intentó frenar, pero ya era tarde.

Un tronco en medio del camino hizo
que volara por los aires y, tras él,
Sialuka. Solo Qanik pudo frenar
a tiempo.

—¿Estáis bien? —preguntó el pequeño
con un hilo de voz.





Igaluk levantó la cabeza bajo la nieve.

—¡Buf! Creo que sí, suerte que la nieve es blanda. ¡Y tú, Sialuka?

—Yo estoy bien, pero se me han roto los esquís.

—Pues ya somos dos, los míos se han partido por la mitad —anunció Igaluk con preocupación.

—¡Y qué vamos a hacer? —preguntó Qanik.



